

PROBLEMAS TEÓRICOS DEL DESARROLLO ECONÓMICO¹

Joseph. A. Schumpeter

He elaborado las siguientes notas, no sin cierta desconfianza, porque no he sido capaz de estructurarlas dentro de un argumento completamente elaborado. Se ha acudido al poco artístico empleo de números con el propósito de destacar claramente los varios problemas enfocados.

1. Confío en que debe entenderse que en este artículo el término teoría no significa nada que en cualquiera forma pudiera trascender el dominio del análisis empírico, es decir, nada que sea dependiente en cualquiera forma de premisas “filosóficas”, “metafísicas” o “especulativas”. En particular, en la medida en que las filosofías de la historia impliquen algo extraempírico, el artículo no tiene nada que ver con la filosofía de la historia. Sin embargo, es más importante destacar que en este trabajo el término teoría no tiene tampoco nada que ver con una evaluación ética o cultural de hechos o tendencias, como las que sugiere el término progreso, y no es meramente sinónimo del término hipótesis explicativa. Deseo subrayar el papel instrumental de la teoría. Debe considerarse exclusivamente como un instrumento de investigación o más bien como una “caja” de herramientas tales que nos han de ayudar en la tarea de describir los hechos y las relaciones que tienen lugar entre éstos. En ocasiones, el historiador encuentra que el aparato “teórico” —en este sentido—, de experiencia común, es suficiente para su propósito y supone, entonces, que no está empleando para nada la “teoría”. En otras ocasiones, esta teoría del sentido común prueba ser inadecuada. Nuestro tema pertenece a esta última clase.

2. La primera parte del análisis del desarrollo económico consiste, por consiguiente, en derivar los conceptos de desarrollo económico y en elaborar los medios para medirlo o, cuando menos, establecer un criterio mediante el cual se pueda juzgar si ha existido, en un período dado, desarrollo o contracción. Los historiadores y los economistas parecen conocer suficientemente bien lo que entienden por desarrollo o contracción económicos. Pero esto es así sólo porque, en la mayoría

¹ Este artículo apareció publicado en *The Journal of Economic History*, Suplemento VII, *Economic Growth, A Symposium*, 1947, con el título de *Theoretical Problems of Economic Growth*. Además de los numerosos artículos sobre desarrollo económico que EL TRIMESTRE ECONÓMICO ha publicado en sus números anteriores, trata de imponerse la tarea de incluir algunos trabajos que podrían considerarse clásicos en la literatura sobre el tema y que por lo general son poco conocidos del público de habla castellana. En gran medida, la selección de ellos tiene como base la lista de lecturas seguidas en los Cursos de Capacitación en Problemas de Desarrollo Económico auspiciados por la Comisión Económica para América Latina y la Administración de Asistencia Técnica de las Naciones Unidas, así como una bibliografía parcial sobre la teoría del desarrollo económico sugerida por Evsey D. Domar. La traducción es de Óscar Soberón M.

de los casos, no es necesario ser demasiado preciso en relación con el concepto. Si tenemos el propósito de precisar, en especial de precisar numéricamente, nos encontramos inmediatamente con serias dificultades: aun si acordamos tomar la producción total como criterio —para el cual existen muchas objeciones— lo encontraremos difícil para presentar una “teoría” aceptable del índice de la producción; más aún, es probable que prefiramos la producción total por habitante o por persona económicamente activa, por unidad de consumo, por hombre-hora, o la producción total de bienes de consumo y servicios por unidad consumidora (quizá más las importaciones menos las exportaciones). En algunos casos particulares quizá deseáramos introducir correcciones cuando la contracción del producto no lleva consigo las implicaciones usuales, como muy bien podría ocurrir en el futuro, por ejemplo, en el caso en que la contracción de la producción total se debe a cambios en la moda, en la tecnología o en la preferencia por un ocio mayor. Dejo este conjunto de problemas a Kuznets² y sólo deseo sustentar la tesis de que no existe un concepto de desarrollo o contracción económicos que se aplique a todos los propósitos; que este concepto debe definirse —así como la mayoría de otros conceptos, por ejemplo el concepto de ingreso— separadamente para cada propósito; y que el concepto se define en cada caso por un índice o por otro criterio escogido por el investigador.

Para los fines de este trabajo, será suficiente adoptar la siguiente definición, a pesar de que es altamente insatisfactoria en algunos aspectos: hablo de desarrollo económico durante cualquier período determinado si la tendencia de los valores de un índice *per capita* de la producción total de bienes y servicios se ha incrementado durante ese período.³

3. La segunda parte del análisis del crecimiento observado es el estudio de los factores que los economistas y los historiadores han aducido para explicarlo. Esos factores son demasiado numerosos para enumerarlos, especialmente si consideramos no sólo los factores mencionados en las discusiones del desarrollo económico *per se*,⁴ sino también los factores que se mencionan incidentalmente en otras investiga-

² Véanse pp. 72 a 96. [T.]

³ La definición tiene el propósito de sujetarse a la idea de un “concepto”. No es necesario que las estadísticas disponibles permitan una evaluación real de una cifra. Para los períodos en que no se dispone de cifras estadísticas, la definición rezará sencillamente: si las indicaciones disponibles justifican la creencia de que los valores de la tendencia...

⁴ Se ofrecen buenos ejemplos en el tercer libro de *The Wealth of Nations* y en los capítulos 2 y 3 del primer libro de los *Principles* de Marshall. Estos ejemplos son “buenos” en el sentido en que representan bien lo que los economistas han tenido y tienen que decir sobre la materia en general, pero no en otro sentido. Me imagino que los historiadores leerán ambos con una sonrisa, ya sea afable o no.

ciones.⁵ Mencionemos algunos de los más familiares, parcialmente traslapados: las condiciones físicas, incluyendo la localización comercial y las oportunidades marítimas; la organización social, incluyendo todos los patrones institucionales (compromisos, propiedades, herencia, sistemas de crédito, impuestos, relaciones laborales, normas públicas o corporativas de la actividad económica, etc., junto con las consecuencias inmediatas de todo ello ya sea en relación con la “libertad”, “seguridad” o acción “planeada”); la “política”, entendida aquí como la forma en que esas instituciones están sujetas al grupo político de la sociedad (personal administrativo y sus prácticas reales, calidad y prácticas profesionales y de los tribunales) incluyendo las guerras, la inflación, las revoluciones, violentas o no, y las expectativas creadas por todo ello; la tecnología en su más amplio significado, incluyendo las técnicas de organización comercial, la contabilidad, la banca y el comercio; y el material humano, no sólo en la cantidad y tasa de cambio, sino también en su calidad, moral e intelectual, innata⁶ o adquirida, y la proporción de “habilidad” total o “energía” que en una situación social dada influye en la economía con otros diversos propósitos. Finalmente, en relación con todo lo anterior, aunque en una relación que difiere en la práctica de acuerdo con la filosofía del escritor, se encuentra el factor “espíritu nacional”, cuyo término denota no sólo los sistemas prevaletentes de ideas o creencias religiosas o de otra índole, sino también las actitudes prevaletentes, especialmente en materias tales como la parsimonia, la ganancia pecuniaria, el deseo de hacer frente a riesgos, el trabajo físico e intelectual y otros factores semejantes. La teoría de Max Weber ofrece un ejemplo conspicuo. Esta lista incompleta se ofrece sin la intención de limitarme a mí mismo a ella o de criticar uno o todos los conceptos que contiene *per se*. El único comentario que me permito hacer por el momento, en relación con el uso analítico que se ha hecho de ellos, es que se trata de conceptos definidos por sí mismos, algunas veces ideológicamente enjaezados, y en la mayoría de los casos considerados como una garantía —en reconocimiento a su existencia, rele-

⁵ Los comentarios incidentales sobre lo que ha causado un crecimiento negativo o positivo en los casos individuales; por ejemplo, en la historia de una industria en particular, son de lo más valioso cuando se profieren desintencionadamente; esto es, si sus orientaciones sobre la teoría general del crecimiento no está percibida de antemano por el escritor. En este caso la opinión del escritor no está viciada por sus filosofías o ideas preconcebidas.

⁶ Esto no implica necesariamente que se ponga énfasis en la “raza”. Aunque es posible sostener que el margen de variación de la “habilidad” (definitivamente, piénsese en el factor Spearman) entre los individuos es muy grande y aun que la “habilidad se encuentra en stocks” (K. Pearson), sin que se conceda importancia a los aspectos raciales de estos stocks (es decir, sin que se crea que esta habilidad de los stocks humanos se diferencie racialmente). No obstante, es interesante destacar que prominentes economistas, especialmente los ingleses, han tenido la costumbre de poner énfasis en la raza. Nadie recuerda a J. S. Mill —el utilitario radical— y a Marshall como “racista”: pero la nota racial es obligada en las introducciones generales de sus *Principles*.

vancia e importancia— sin haber sido establecidos mediante algo que pueda considerarse como un método científico. Entre todos los grupos de investigadores cuya tarea es cambiar este estado de cosas, los historiadores permanecen en primera fila. En relación con el análisis de esos factores suscribo tres tesis.

El desarrollo económico no es un fenómeno autónomo; es decir, no es un fenómeno que pueda analizarse satisfactoriamente sólo en términos puramente económicos. Esta conclusión se impone por sí misma de una sola ojeada a los conceptos de nuestra lista y sólo puede hacerse a un lado si adoptamos la hipótesis marxista (interpretación económica de la historia) que alcanza esta autonomía, en cierto sentido, al hacer de la evolución económica el motor primero de la historia en todos sus aspectos, en tal forma que todos los otros factores se transforman en funciones de este motor primero, con la excepción de algunos elementos, del medio físico, como los terremotos, aunque no de todos. Es parte de mi tesis que esto es inadmisibile.

Si, entonces, el desarrollo económico no es autónomo y sí dependiente de factores ajenos a él, y como esos factores son numerosos, ninguna teoría que descansa en un solo factor puede ser satisfactoria.

Es decir, las teorías que afirman que el desarrollo económico es una función, principalmente, de las oportunidades objetivas del medio, del incremento de la población, del “espíritu” de la civilización de una nación, del progreso tecnológico (creciente “control sobre la naturaleza”), nunca pueden ser adecuadas. Las afirmaciones de esta índole pueden contener cierta verdad en casos especiales y en condiciones en que, de hecho, no ha ocurrido un gran cambio en cualesquiera de los factores del desarrollo, excepto en uno. Pero no conozco un solo ejemplo histórico en que así haya ocurrido. No obstante, conozco muchos casos en que el número de factores puede ser reducido porque alguno de ellos no haya cambiado significativamente durante el período bajo investigación. Así, el período comprendido de 1871 a 1914 en los Estados Unidos no estuvo ciertamente exento de disturbios políticos y cambios institucionales; en general, no obstante, cuando se describe el desarrollo económico del país en ese período, podemos hacerlos a un lado considerando que no fueron suficientemente importantes para influir poderosamente en el proceso económico. En igual forma, algunos estados proveen el esquema para el enfoque puramente teórico para conocer el *modus operandi* de un solo factor, suponiendo constantes todos los demás. Estos esquemas tienen su utilidad. Pero no debe esperarse que se ajusten a la realidad histórica.

Mi negación para aceptar la teoría marxista de la historia no debe interpretarse que lleva implícita la negación del hecho evidente de que

el crecimiento económico influye, a su vez, en todos los factores (con la misma excepción relacionada con ciertas características del medio ambiente) “del cual depende”: ésta es precisamente la razón de por qué esos factores no debieran llamarse “causas”. Pero esos factores, además de ser a su vez dependientes del desarrollo económico son, como se ha visto claramente, también dependientes uno del otro. Esto no implica, por supuesto, un razonamiento circular sino simplemente el reconocimiento del hecho de que, en principio, tenemos que ocuparnos de un sistema de factores interdependientes de los cuales el desarrollo económico es sólo uno. Pueden ser útiles algunas nociones matemáticas con el propósito de explicar la lógica de semejante sistema. Pero si tratamos de emplear las matemáticas nos encontraríamos inmediatamente con la dificultad de que algunos de los más importantes factores interdependientes no pueden cuantificarse⁷ si no es que, en todos los casos, no llegaríamos más allá de lo que implica llamarlos “importantes”, “poco importantes”, “más importantes” o “menos importantes” que otros.⁸

La tercera tarea en el análisis del desarrollo económico la llamaría “mecanismo descriptivo”. Lógicamente, la distinción entre “mecanismo descriptivo” y “factores indicadores de crecimiento” no es a prueba de bombas. Pero como quiera que sea es de utilidad porque subraya la necesidad, que a menudo se pasa por alto, de inquirir cuidadosamente en el *modus operandi* de cada factor que la observación pueda sugerir como significativo. Por ejemplo, decir que durante un período determinado, de guerra, de incremento de la población a través de la inmigración, de una inflación como consecuencia del descubrimiento de un yacimiento de oro, de una descabellada técnica bancaria o mal gobierno, fue un factor de cambio, se está afirmando algo cercano a la nada, además de que es evidente en la mayoría de los casos: todos los resultados realmente valiosos surgen a la vista sólo cuando tratamos de contestar precisamente la cuestión de *cómo* la guerra, el incremento de la población o la inflación afectaron aquello que se supone debían afectar. En

⁷ Esta dificultad no debe confundirse con una mera incapacidad que se origine en la ausencia de cifras, o métodos, para expresar nuestros factores en forma numérica. La dificultad es mucho más fundamental que ésa.

⁸ De paso, debe observarse un caso intermedio interesante de cuantificación parcial. Cuando se trata de formar una opinión en relación con los efectos de una reducción del impuesto sobre la renta en los más altos grupos sobre el desarrollo económico de los Estados Unidos, debemos distinguir dos cosas: el efecto sobre la inversión (“ahorro”) y el efecto sobre la motivación. El primer efecto, dadas las cifras adecuadas y también supuesto el acuerdo sobre ciertos puntos de la teoría (lo que parece inalcanzable en la actualidad) podría calcularse aceptablemente. Pero el segundo efecto no; estaría sujeto a deseos o impresiones (altamente influenciables) que difícilmente merecerían el nombre de “estimaciones”. Sin embargo, con más precisión, esto es sólo verdad con respecto a su efecto neto. Algunos elementos de él son también cuantificables. Aunque con pena, debe añadirse que, dada la debilidad de los seres humanos, los economistas están dispuestos a tratar como no existente lo que no es cuantificable y, algunas veces, aun aquello que no es mensurable.

particular, quiero llamar la atención a dos tipos de resultados. Primero, el análisis del *modus operandi* de un factor es frecuentemente el mejor y algunas veces el único método de establecer la significación de un candidato dado para el papel de factor y para formar una opinión racional en relación con su peso relativo. Segundo, el análisis del *modus operandi* de los factores es el más evidente remedio en los casos en donde no existen efectos definidos, ni aun siquiera un signo (dirección) que pueda predicarse como un factor de algo o de todo. Las guerras, los incrementos de población, la inflación, son ejemplos de lo anterior. Estos factores pueden afectar tanto favorable como desfavorablemente el crecimiento.⁹ Todos estarán de acuerdo en que los efectos reales dependen de las "circunstancias" en cada caso. Pero esta frase sigue siendo indefinida y poco ilustrativa a menos que especifiquemos *un esquema del posible modi operandi* que nos indique cuáles son las "circunstancias" que deben vigilarse y cuáles producirán determinados efectos. Es aquí donde la teoría económica podría acudir en ayuda del historiador —y no sólo ofrecerle hipótesis explicativas precipitadas.

La importancia de esto podría establecerse para poner de relieve sólo la discusión de muchos y complicados casos. Sin embargo, debo ilustrar sencillamente mi afirmación mencionando sólo un caso que no requiere de ninguna teoría complicada. Tomo el caso, que Earl J. Hamilton ha hecho tanto por elucidar, de la inflación de metales preciosos que tuvo lugar en España en el siglo xvi, a partir del año 1560 o algún otro año cercano a éste. Lo simplifico ulteriormente confinándome a mí mismo a una ribera: a la parte de las importaciones de metales hacia España, que fueron transformadas directamente en un acceso de poder de compra en manos del gobierno.¹⁰ Esta cantidad, de haber sido gastada rápidamente en bienes de consumo y servicios, en servicios para los soldados, hubiera servido para tener un caso ideal para la aplicación del teorema cuantitativo en su forma más cruda. De hecho, los precios de las mercaderías reaccionaron muy cerca, aunque no exactamente, en la forma que el teorema nos haría esperar. La ilustración expresa lo que quiero significar por (una pieza del) mecanismo. Pero sólo lo permite en una forma peculiar; indicando cuál será el efecto último del funcionamiento del mecanismo que presupone en vez de describirlo en sí mis-

⁹ El problema es, por supuesto, de lo más complicado por el hecho de que los efectos desfavorables son compatibles con las tasas positivas observadas de crecimiento y los efectos favorables con los negativos.

¹⁰ Para repetir, éste no es, por supuesto, el único fenómeno por observar. Más aún, los procesos en otros países fueron mucho más complejos. Y esto no fue pasado por alto por los escritores contemporáneos. Bodin, por ejemplo, criticó el enfoque unilateral de Malestroit pero incluyó el elemento sostenido por el último en su propio análisis. También incluyó otros. Sería completamente erróneo afirmar que propuso una estricta teoría cuantitativa. Todo lo que hizo fue señalar que el impacto de los metales preciosos era el primer renglón por considerar en la explicación de esa revolución de precios. Ni aun el último Lord Keynes o la señora Robinson negarían este hecho.

mo. Una teoría más perfecta hubiera tenido que mostrar, por una parte, los varios pasos (estados de transición) que condujeron al efecto¹¹ y, por otra, incluir muchas otras posibilidades y no una sola: por ejemplo, la posibilidad de que el nuevo dinero no se gaste totalmente con rapidez; que vaya a las manos que lo gastarán en empresas económicas; que pueda inducir una inflación adicional de crédito; o que tropiece con un proceso económico que se expanda con tanta rapidez que en el caso limitante, los precios disminuyan en lugar de aumentar, como una posibilidad que fue reconocida por ciertos autores del siglo xvii y después nuevamente por Pietro Verni.

5. En lugar de desarrollar este ejemplo de la naturaleza e importancia de los “mecanismos” o de aducir otros, debo referirme a un argumento que está muy cercano a ser una teoría general del desarrollo económico. Tuvo larga permanencia, como lo demuestra el hecho de que lo encontremos por primera vez con Adam Smith y, sin desarrollos y adelantos especiales, con J. S. Mill y Alfred Marshall. Brevemente, puede describirse como sigue. Tomados como dados los factores institucionales, políticos y naturales, esos economistas, y la mayoría de los otros, parten del supuesto de que un grupo social —podríamos llamarlo muy bien “nación”— debe experimentar, cuando menos periódicamente, cierta tasa de crecimiento económico que se traduce en un incremento en los números y en el ahorro. Esto induce una “ampliación de los mercados” y, a su vez, aumenta la división del trabajo e incrementa, por tanto, la “productividad”. Con Smith, la división del trabajo es el todo de los cambios en los métodos de producción de toda índole, pero con Mill y más explícitamente con Marshall, las “invenciones inducidas” aparecen como un factor separado del crecimiento, en tanto que las invenciones que no son inducidas por un incremento previo en la producción (las llamadas invenciones revolucionarias) están fuera del cuadro teórico —sólo ocurren, como el maná que podría caer del cielo— y rompen la línea de crecimiento, estableciendo una nueva. Por tanto, el desarrollo se reduce sustancialmente al incremento en las cantidades de los medios de producción, por una parte, y al incremento de la demanda efectiva de sus productos potenciales, por la otra. No puedo, y quizá no necesitaría detenerme para señalar la debilidad de esta teoría. Pero en ella existe una característica común con cierto esquema conceptual, en gran medida subconsciente, que los historiadores emplean algunas veces al describir tanto los procesos de desarrollo económico como los desarrollos económicos individuales. Esta característica es su automatismo impersonal.

¹¹ Es decir, el teorema cuantitativo es esencialmente estático; en la ecuación MV igual PT , las cuatro cantidades se refieren a un solo punto en el tiempo. Su contenido pudiera enriquecerse “dinamizándola”, esto es, otorgando períodos diferentemente adecuados a las diversas cantidades.

En la teoría Smith-Mill-Marshall, la economía crece como un árbol. Este proceso está expuesto, sin duda, a perturbaciones de factores externos que no son económicos o estrictamente económicos. Pero en sí mismo, procede sostenida y continuamente; cada situación se desarrolla a partir de la anterior en una forma única determinada, y los individuos, cuyos actos se combinan para originar cada situación, cuentan individualmente pero no más de lo que cuentan los alvéolos individuales del árbol. Esta pasividad de respuesta a estímulos dados se extiende en particular a la acumulación de "capital": en forma mecánica, las familias y las empresas ahorran e invierten lo que han ahorrado dentro de oportunidades dadas de inversión. La misma pasividad de respuesta está también implícita en muchas descripciones históricas del desarrollo de países o industrias: son descripciones de oportunidades objetivas creadas, quizá con aranceles protectores, guerras victoriosas, descubrimientos o "invenciones"; y se supone tácitamente que las personas reaccionan a ellas en una forma únicamente determinada que puede garantizarse y que no ofrece ningunos problemas. Afirmo que esto no es así y que la respuesta a oportunidades objetivas no está únicamente determinada y que es imprevisible: la acumulación o la inversión puede tener lugar indudablemente sobre las bases existentes, pero también puede crear algo completamente nuevo; la respuesta a una tarifa proteccionista puede indudablemente expandir la producción (a más altos precios) sobre las bases existentes, pero también puede traducirse en la completa reorganización de la estructura industrial sobre nuevas bases; una guerra victoriosa puede no tener otra consecuencia que aquella de que el país victorioso explote a la colonia conquistada, en la misma forma que el país vencedor lo ha hecho antes, pero también puede traducirse en hacer algo nuevo de la colonia, etc. Sugiero que tomemos en cuenta todo esto reconociendo dos tipos de respuestas, en lugar de uno, y que las llamemos, respectivamente, adaptivas y creativas. También sugiero que no tenemos sino que admitir que, de nuestra información de la situación observada antes del hecho (de respuesta creativa), ésta no puede preverse y que, en consecuencia, entra inevitablemente en juego un elemento de indeterminación en el análisis del desarrollo económico siempre que existe una respuesta creativa. Debemos llevar este elemento al campo de nuestra lista de factores de crecimiento mediante la observación de que se relaciona con la "calidad del material humano" y en particular con la "calidad del personal director". Y como la respuesta creativa significa, en la esfera económica, sencillamente la combinación de los recursos productivos existentes en nuevas formas o para nuevos propósitos, y como esta función define el tipo económico que nosotros llamamos el empresario, podemos reformular las sugerencias anteriores

diciendo que debemos reconocer la importancia del empresario, y recurrir sistemáticamente a él como un factor de desarrollo económico.¹²

6. Resumiendo: participo completamente con los historiadores que tienen aversión, observada a menudo, de las “teorías” o “filosofías” de la historia que se han originado en gran número casi a partir del siglo xvii; ellas fueron, en el mejor de los casos, intentos prematuros de explotar la inadecuada información histórica, y, en los peores, fértil diletantismo, el producto de ideas preconcebidas —aun de fantasía ideológica—, en vez de investigación seria. Personalmente, estoy preparado para incluir en este veredicto las obras cumbres como la teoría de Condorcet del siglo xviii, la teoría marxista del siglo xix y la teoría de Max Weber del siglo xx. Pero la tarea que esos escritores han atacado con tan equívoco éxito permanece. Es la tarea de mejorar nuestra comprensión de los procesos históricos; el proceso del desarrollo económico entre ellos. Esta tarea corresponde atacarla a los mismos historiadores. De hecho, los historiadores la han atacado, por un siglo o más, con éxito creciente: el historiador económico está desarrollando esta tarea cuando define su trabajo, no en términos de un país o de un período, sino en términos de algún *problema* histórico, como el origen de las ciudades, la desintegración de las haciendas y pueblos, el advenimiento del capitalismo, el desarrollo de la banca de depósito, las formas medievales de las empresas, etc. Ha de llegar el tiempo (esto no me corresponde a mí juzgarlo) de coordinar y de organizar este trabajo a través de “programas” amplios y de proveer, para el uso de la investigación individual, un esquema ordenado de problemas y posibilidades. Es en este aspecto, y en su capacidad instrumental, no como un amo sino como un servidor de la investigación histórica, que la teoría puede demostrar su utilidad. Como ejemplo, deseo recomendar a la crítica atención de los historiadores de la economía del país el programa del estudio del papel desempeñado en el desarrollo económico por el espíritu empresario, que ha sido elaborado recientemente por Arthur H. Cole.

¹² Después de todo, éste no es sino un caso especial de un problema de metodología histórica general del cual el determinismo histórico es el otro lado de la moneda. Esta es, así me parece a mí, tan “especulativa” e “incientífica” para igualar lo indeterminado o cuando menos un elemento personal indeterminable a cero en la misma forma que es sobrestimado en el modo de Carlyle. Sólo la investigación no predispuesta puede revelar sus verdaderos contornos. Si tuviera tiempo, sugeriría métodos particulares para hacerlo. Pero la dificultad consiste realmente en llegar a esa investigación no predispuesta. Porque es inevitable que, hoy más que nunca, los investigadores individuales pueden tener simpatías emocionales hacia un tipo de resultados y disgustarles otro.